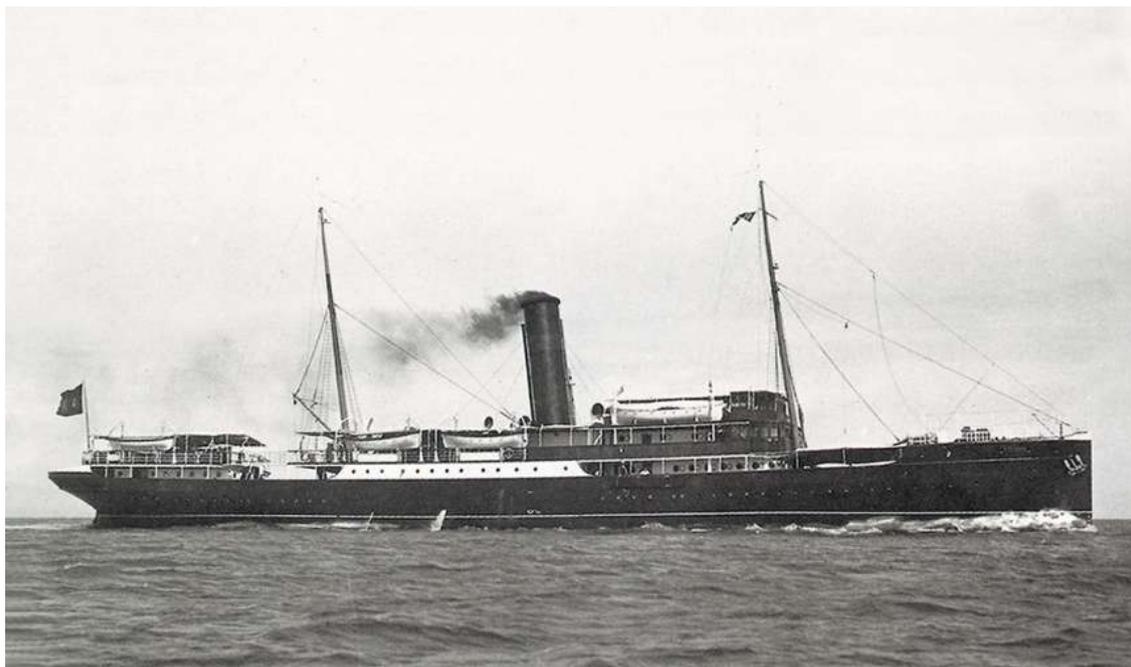

LA TRAGEDIA NAVAL DEL ‘CASTILLO DE OLITE’: LA CRUZ ROJA ESTUVO ALLÍ

Juan-Bautista Gutiérrez Aroca

Catedrático Facultad de Medicina Córdoba

juanbautista.ga47@gmail.com



El buque “Castillo de Olite”

RESUMEN

Desde pequeño, he oído hablar de la odisea del Castillo de Olite en la casa de mis abuelos, y recientemente encontré unos documentos entre papeles viejos de la familia, que atestiguan y confirman aquellos relatos familiares y su importancia. También recuerdo cómo mi abuelo Juan, que fue militar, (lo retiraron anticipadamente con el grado de capitán) siempre se quejó del trato que le habían dado, a pesar de haber salvado a los heridos de la catástrofe del Castillo Olite, hecho que le fue reconocido por la Cruz Roja una vez acabada la guerra.

Estos son los hechos, poco conocidos, por ser un baldón para los vencedores y la participación de mis abuelos según los pocos documentos que han llegado hasta mí.

Palabras clave: Guerra Civil Española, Cartagena, ‘Castillo de Olite’, Brigada 206, Escombreras, Cruz Roja.

ABSTRACT

Since I was little, I heard of the Olite’s Castle epic at my grandparents’ house, and recently I found some old family documents, that testify and confirm those family stories and their importance. I also remember, how my grandfather who was a soldier (retired early with the captain’s rank) always complained of the way he had been treated, despite having saved the wounded soldiers at the Olite’s Castle catastrophe. This fact was recognized by the Red Cross once war was over.

These are the facts, poorly known: a disgrace for the winners and the participation of my grandparents according to the few documents that got to me.

Keywords: Spanish Civil War, Cartagena, ‘Olite Castle’, Brigade 206, Escombreras, Red Cross.

INTRODUCCIÓN. LOCALIZACIÓN DE LA CATASTROFE

La historia la cuentan los vencedores, pero ésta no ha sido muy aireada, precisamente por ser eso, una batalla que perdieron los vencedores. Sucedió el 7 de marzo del 1939, unos días antes de que acabara oficialmente la Guerra Civil Española, el 1 de abril del 1939. A la entrada del puerto de Cartagena, con el hundimiento de un barco de carga, que transportaba unos 2.200 soldados del Ejército Nacional de Franco, cuando fue bombardeado desde una batería de costa, *La Parajola* del Bando Republicano que defendía la entrada del puerto de Cartagena.

En el mes de marzo de 1939, las tropas franquistas controlaban casi todo el territorio español, a excepción de la zona del Centro y Levante, que quedaba en manos de una República sin capacidad ni voluntad de defensa, desmoralizada y sumergida en luchas internas. Frente a la insuficiente resistencia por el gobierno, se inicia un golpe de estado en Madrid por el coronel Casado y la sublevación de la Base Naval de Cartagena, el único puerto importante que le quedaba a la República. Los militares que promueven este levantamiento lo hacen para forzar al gobierno de Juan Negrín a pedir una paz honrosa con el bando nacionalista, claro vencedor de la contienda a esas alturas de la guerra. El destino de la República estaba llegando a su fin, solo un hipotético y último intento de resistencia que alargara unos meses más la guerra, con la esperanza de una internacionalización del conflicto en la más que anunciada II Guerra Mundial, podría frenar la desaparición de la España Republicana.

Escombreras, en los años 30, era un pueblo al final de un valle estrecho con huertas y que básicamente vivía de la pesca. Nadie imaginaba que con el tiempo se convertiría en un complejo industrial que se inició a finales de los 50 con la “Refinería de Petróleos”. Está situado al Este de Cartagena, separada de ésta por el monte “San Julián” que entonces tenía baterías antiaéreas y de costa, y que forma parte de la bocana del puerto. Al otro lado del pueblo, más al Este, estaba la batería de costa *Aguilones* en lo alto de un monte. En el mar, al frente, “la isla de Escombreras”, un islote rocoso con un faro, al otro lado de la bocana del puerto, al Oeste otro monte, *Galeras*, también artillado y a media altura de éste, la batería de costa, *La Parajola*, con 3 cañones útiles, triste protagonista de esta historia.

En el centro del pueblo de Escombreras había un dispensario de la Cruz Roja, que Soler Canto define como “un rudimentario botiquín, atendido por el cabo de carabineros Juan Aroca Rubio, práctico en curas y

su esposa Marcela Peñalver Soto”. Esta era la realidad del escenario donde se desarrollaron los trágicos acontecimientos¹.

Para la redacción de este artículo me he basado en el capítulo del libro “*Leyendas de Cartagena III. Episodios Trágicos 2001*”, de Soler Canto J. que, de una forma emotiva, narra en primera persona los hechos dramáticos de este episodio de nuestra Guerra Civil (1936-39). Al ser el autor un médico, se fija en una serie de aspectos sanitarios, exaltando la labor del comandante del puesto de carabineros en Escombreras, y su esposa, mis abuelos. Coinciden estos detalles con los testimonios familiares, así como documentos personales, propiedad de la familia.

También he utilizado el ampliamente documentado libro de Miguel Pérez Adán, “*El hundimiento del Castillo Olite 2001. El mástil como testigo*”; asimismo, he revisado distintos artículos que se publicaron en la prensa nacional en 2014, con motivo del 75 aniversario de la catástrofe.

Como documentación familiar, hay un informe de la Falange de Cartagena fechado en julio de 1939, que narra con todo detalle la actuación de los carabineros, que junto con los pescadores y todos los vecinos de Escombreras, dirigidos por el comandante del puesto, rescataron del mar a los soldados heridos y a los ilesos. Éstos fueron trasladados al dispensario de la Cruz Roja, y atendidos por todos los habitantes del pueblo, con lo poco de que disponían: ropa y alimentos. A los heridos se les hizo curas de urgencia por el citado J. Aroca. Unas notas en un diario de una niña, Ana M. Aroca Peñalver, mi madre, protagonista infantil e inocente de aquella tragedia, corroboran todo lo anteriormente dicho. También se ha conservado alguna carta de quien fue atendido en el dispensario, que de forma emotiva agradece a los habitantes de Escombreras y, como no, a J. Aroca las atenciones que recibió, a pesar de las difíciles circunstancias.

SUBLEVACIÓN Y LLEGADA DE LA BRIGADA 206.

El 4 de marzo, el general retirado Barrionuevo, se erige como cabeza de los sublevados en Cartagena y procede a detener a todos los elementos pro-gubernamentales, y a destituir el recién nombrado jefe de la base, Francisco Galán, de clara afiliación comunista. Barrionuevo también logra que el grueso de la todavía importante flota republicana, la última baza que podía jugar la República, abandone el puerto en dirección a Argelia o Túnez. Envía unos radiogramas al Cuartel General de Franco que son demasiado triunfalistas, sobre el alcance real de la sublevación pro nacionalista, y hubo un momento en que toda la

1 PÉREZ ADÁN Luis Miguel: *El hundimiento del Castillo de Olite*. Murcia: Editorial Áglaya, 2004.

ciudad estuvo prácticamente bajo su mando. Franco no dudó un instante, conocida la sublevación de Cartagena y la petición de ayuda de estos sublevados, ordenó que todos los buques de guerra y de transporte disponibles acudiesen en su auxilio, y organizó el envío inmediato de tropas a esta ciudad, diseñando una operación anfibia. Si se ocupaba la Base, significaría el fin inmediato de la Guerra. Pero esto se hizo de forma precipitada y desastrosa, como se demostraría después.

Con este fin se preparó, a las órdenes del vicealmirante Francisco Moreno, una operación de desembarco sin precedentes hasta la fecha: cerca de una treintena de barcos entre transportes y buques de guerra, que debían trasladar a más de 20.000 hombres. Salieron desde Castellón y Málaga en dirección a Cartagena, con apenas 48 horas de preparación en una misión arriesgada y muy peligrosa en la que los barcos repletos de tropas deberían atravesar una zona de más de 150 millas de costa enemiga, sin protección alguna, cada barco por su cuenta y sin saber realmente qué era lo que les esperaba en la bocana del puerto de Cartagena. En realidad, era un gigante con pies de barro, pues, faltos de capacidad de desembarco, los barcos sólo podían desembarcar los soldados en un puerto ganado al enemigo. El 'Castillo de Olite' formaba parte de este operativo, había sido requisado el año anterior frente a Gibraltar cuando, bajo pabellón soviético, intentaba burlar el bloqueo. El buque pasó a formar parte del convoy, como transporte de tropas, y al no tener poder combativo se le relegó al final del embarque de las tropas.

Para entonces, la República era un globo que se deshinchaba, así que el presidente Negrín decidió ponerla en manos de los comunistas, por considerar que en unos momentos tan difíciles eran los únicos capaces de defenderla. Cartagena era su principal bastión militar, al constituir la base de la Flota, un conjunto de buques muy poderosos al mando del almirante Miguel Buiza. Como en otras ciudades, una quinta columna trabajaba subterráneamente en Cartagena al servicio de Franco².

Para consolidar la ciudad como el principal bastión militar republicano, Negrín la puso al mando del coronel Francisco Galán, de conocida filiación comunista, el cual fue a Cartagena presentándose en Capitanía la noche del sábado 4 de marzo acompañado de Artemio Precioso, comandante al mando de la afamada Brigada 206, la cual dejó acampada a las afueras de la ciudad. Una vez efectuado el relevo, llegaron noticias a Capitanía de que en las calles se estaba deteniendo a la gente en nombre de Franco, momento en que Ga-

lán fue hecho prisionero, aunque Precioso consiguió escapar aprovechando la oscuridad de la noche. Hacia las ocho de la mañana del domingo se hizo patente la figura del general José Barrionuevo, que se puso al frente de las tropas sublevadas, tomando dos decisiones de forma inmediata: comunicar la situación a Franco y dar a la Flota un plazo de cuatro horas para abandonar la ciudad, so pena de ser bombardeada por las baterías de costa. Buiza aceptó la retirada con la condición de que le entregaran a Galán, lo que se cumplió, y hacia el mediodía el último buque republicano abandonaba la ciudad.

Durante las siguientes horas, Barrionuevo siguió insistiendo a Franco en que tenía el control de la ciudad, advirtiéndole que necesitaba urgentemente fuerzas militares para consolidarlo.

El comandante Precioso Ugarte había conseguido escaparse durante la noche y volver a tomar el mando de su Unidad. A esta Brigada se le unen fuerzas procedentes de la Escuela de Tanques de Archena. Están informados de la llegada del convoy nacional, y van ocupando los posibles puntos donde puede atracar la flota: "Palos", la bahía de "Portmán"... así como la ciudad y especialmente de las poderosas baterías de costa, entre ellas *La Parajola*, bajo el mando del capitán de artillería, Antonio Martínez Pallares, que fue ocupada prácticamente sin resistencia, al carecer los artilleros de armas cortas para defenderse. Hubo enfrentamientos y bombardeos entre las diversas baterías, según en manos de quien estuviesen. *La Parajola* recibió fuego de artillería desde *Aguilones* y dos de sus tres cañones quedaron inutilizados, así como la dirección de tiro, solo la pieza número 1 que, con algunos desperfectos, continuó siendo operativa. La compañía de *La Parajola* estaba mandada por el capitán Cristóbal Guirao y sería él quien tendría el mando efectivo de esta batería. El general Barrionuevo, desde un submarino, siguió enviando al Cuartel General de Franco, unos radiogramas que no se ajustaban a la realidad y en parte lo hacía para evitar que la flota republicana (que interceptaba y escuchaba las comunicaciones por radio) diese la vuelta y regresara a Cartagena. Finalmente, las fuerzas republicanas se hicieron con el control absoluto de la situación en unos días³.

El 'Castillo de Olite' zarpaba desde Castellón. En total eran unos de 2.200 soldados, entre tropa de desembarco y dotación del navío, en su mayoría eran gallegos, creían que la ciudad estaba conquistada y navegaban entre bromas y canciones, al son de alguna gaita, celebrando el final de la guerra⁴. El 'Castillo Olite' era un mercante de 110 metros de eslora construido en 1921 en Holanda. Comprado por la URSS

2 *Idem*.

3 GUTIÉRREZ, Lola: *Cartagena y sus barcos (Castillo de Olite)*. Suresterepress.wordpress.com › 2018/05/23 › Cartagena-y..

4 OTERO RICART, J.A. (2014): «Los gallegos 'caídos' en el "Olite"» en *Faro de Vigo* 04.03.2014 www.farodevigo.es › Sociedad y Cultura.

en 1936 y bautizado como ‘Potishev’, fue capturado por un barco franquista en el Estrecho con una carga de carbón para la República. Fue requisado en mayo de 1938 y artillado. «Según radio macuto creen que les llevan a desfilan a una ciudad en poder de sus tropas, y en lo que es ya el final de la guerra», explica el capitán de navío en la reserva Luis Molla Ayuso, autor de la obra *“Perdidos en la memoria”* (Ed. JM), que relata al detalle los acontecimientos. Su comandante, el alférez de navío Eugenio Rodríguez Lazaga, máxima autoridad naval, recibió las órdenes en un sobre cerrado a la salida de Castellón. Básicamente consistían en navegar alejados de costa para evitar a la aviación y esperar frente a Cartagena nuevas órdenes para proceder. Subrayado aparece un “no entrará en la ciudad bajo ningún concepto a menos que reciba órdenes concretas”⁵.

En la noche del día cinco, ya en ruta, el Castillo de Olite transportaba dos batallones del regimiento 29 de Zamora, mandado el 2º por el comandante Víctor Martínez y el 3º por el comandante López Canti, todos ellos de Infantería, completando el grupo operativo con dos baterías de Artillería, una sección de Sanidad, unos oficiales del Cuerpo Jurídico y una agrupación de Transmisiones, al mando del teniente coronel de Infantería Hernández Arteaga, haciendo con la tripulación un total de unos 2.200 hombres. Cuando el barco zarpó, se sabía que ya les precedía el grueso de la escuadra, pero no podían comunicarse, porque la radio del buque estaba averiada⁶.

Mientras los barcos cargaban en diferentes puertos, el almirante Moreno se hizo a la mar para inspeccionar los accesos a Cartagena, encontrando que los tres puntos en los que veía factible el desembarco habían sido reconquistados por el comandante Precioso, al frente de la Brigada 206. Después de comunicar la situación a Franco, éste dio la orden de abortar la operación y los buques regresaron a sus puertos de origen. Todos menos el Olite que, sin radio y ajeno a los últimos acontecimientos, seguía acercándose lentamente a su hora más amarga.

EL BOMBARDEO, NAVEGANDO HACIA SU TUMBA

Martes, 7 de marzo del 1939 frente a Cartagena. La mañana amaneció envuelta en bancos de niebla y sin ningún buque a la vista. A bordo del Olite, los mandos militares convencieron a Lazaga de que el resto de buques debían estar dentro de la ciudad, ya que, siendo los más lentos, debían haber sido los últimos

en llegar. A la entrada al puerto, desde la batería de *Aguilones*, todavía no había sido reconquistada y el viento trajo los típicos cantos militares franquistas, saludándolos con entusiasmo pensando que se trataba de la punta de lanza de la ayuda que venía en su socorro. Ayudado por unos prismáticos, Lazaga vio que los soldados ondeaban banderas nacionales. Daba la sensación de que efectivamente Cartagena había caído y Lazaga ordenó poner rumbo a la ciudad.

Para acceder desde el mar a Cartagena hay que dejar unas altas peñas artilladas a cada lado, a la derecha, la mencionada de *Aguilones*, y a la izquierda, la *Parajola*, dotada igualmente con peligrosas baterías. En realidad, y para desgracia del Olite, la 206 había recuperado la ciudad prácticamente al completo, incluyendo la batería de *la Parajola*, pero no la de *Aguilones*. Con el buque enfilando la entrada a la ciudad, un hidroavión Heinkel del bando nacional, apareció en vuelo rasante, alabeando al sobrevolarlos. Su aparición fue jaleada con vítores por los soldados en cubierta. En realidad, el piloto se estaba jugando la vida para advertirles de que se estaban metiendo en la boca del lobo.



Fig. 1. Hundimiento del Castillo Olite

La batería de *La Parajola* otra vez en poder de la República cuando vio llegar al Olite, el capitán Guirao dio orden a Antonio Martínez Pallares, de disparar sobre el buque. Pallares dudó; la guerra estaba a punto de terminar y sabía que con esa orden de fuego estaba ordenando disparar a su propio pelotón de fusilamiento. Viendo sus dudas, el capitán Guirao desenfundó su arma y la apoyó en la frente de Pallares, conminándole a disparar con una orden que ha quedado para los anales: “Capitán, los honores son suyos, pero la responsabilidad es mía; si no dispara usted, lo haré yo...”. Y Pallares dio la orden de fuego⁷.

5 MÉNDEZ, Julián (2014): “La carnicería final (hundimiento del Castillo de Olite)”, en Las Provincias. Posted by jonkepa en marzo 8, 2014 www.laverdad.es/volcado/carniceria-final-2014-03-07

6 SOLER CANTÓ, Juan (2001): *Leyendas de Cartagena III - Episodios trágicos: el mástil como testigo*, pp. 29-34.

7 MÉNDEZ, J.: *op. cit.*

Fue en ese momento cuando se vieron sorprendidos por los primeros proyectiles de la batería de *La Parajola*, apostada frente a ellos en los montes cercanos. Tres disparos fueron suficientes para sembrar el mar de cadáveres. El barco se hundió en un instante. “El vocerío es aturridor”, describía un testigo citado en “*La España del siglo XX*”, de Manuel Tuñón de Lara. Es el mayor número de víctimas mortales en el hundimiento de un solo buque en la historia de España.

«Son las 12.00 o 12.30 de la mañana y cuando estábamos más tranquilos oímos el familiar sonido de un cañonazo y, poco después, hace explosión en el agua, a unos treinta metros del barco, una granada. Pasó silbando sobre nuestras cabezas, dejándonos con gran encogimiento de corazón. No habíamos aún acabado de preguntarnos qué pasaba, cuando una segunda granada vino a acabar de desconcertarnos, alcanzó el puente, mientras el eco reproducía el ruido del cañonazo. Comienzan a haber a bordo carreras, gritos, voces de mando. El navío sigue marchando, ahora a toda velocidad y con una ligera inclinación hacia la izquierda, para alta mar. Es el principio de la confusión. ¡Arriar esa bandera! Se recoge la bandera nacional que va desplegada a popa y en este momento un tercer cañonazo seguido de la explosión de la caldera hombres, chapas, ametralladoras y hasta un cañón vuelan por los aires envueltos en una nube de ardiente vapor. El barco se hunde en un instante. El vocerío es aturridor».^{8,9}

Parece ser que el ‘Olite’ intentó girar para protegerse con el islote de Escombreras, cuando recibió un primer disparo desde la batería que resultó fallido, ya que Martínez Pallares intencionadamente, había dado unos datos erróneos. Fue a partir de ese momento cuando la situación en *La Parajola* se tornó dramática. La discusión subió de tono y Cristóbal Guirao amenazó, pistola en mano, a Martínez Pallares diciéndole, más o menos: ‘¡Antonio, o aciertas tú, o acierto yo!’. El oficial artillero no tuvo más remedio que ordenar un segundo disparo y un tercero al buque, que se encontraba a escasos dos kilómetros de la batería. Su muerte habría sido inútil puesto que, a esa distancia, cualquier simple artillero, con solo mirar por el ánima del cañón, hubiese hecho blanco.

El proyectil penetró en la bodega donde iban almacenadas las municiones; el barco reventó por dentro y se hundió en pocos minutos. La explosión causó muchos muertos y lanzó a otros muchos al mar. La mayor parte de los soldados murieron ahogados

en las bodegas, aunque otros muchos fueron víctimas de la explosión. La mayoría no sabía nadar, aunque tampoco podrían haberlo hecho, porque muchos habían quedado con los miembros rotos o amputados. Algunos de los afortunados que consiguieron sobrevivir agarrados a los restos que flotaban sobre el agua fueron tiroteados por los milicianos desde la costa. El buque está rebasando la pequeña isla de Escombreras, son aproximadamente las 10 de la mañana. De súbito su rutina habitual es interrumpida por una explosión seguida de una pequeña pausa, otra explosión y una tercera. El pueblo está expectante, angustiado e ignorante de la causa de estos disparos tan cercanos. Cerca, muy cerca, el buque se estaba hundiendo y percibían las lamentaciones de las víctimas que procedían del buque y del mar.



Fig. 2. Batería La Parajola en acción, al fondo la isla de Escombreras

RESCATE Y CURAS EN EL DISPENSARIO DE LA CRUZ ROJA

Para este apartado mejor seguimos el informe que realizaron por aquel entonces las autoridades de la época^{10 11}.

La Cruz Roja Española tenía su presencia en el primitivo pueblo de Escombreras en Cartagena. Un dispensario ubicado en el centro del pueblo, que atendía los primeros auxilios en curaciones, inyectables, a veces algún parto y otros quehaceres, estaba a cargo del comandante de puesto de carabineros. Se abría casi todos los días unas pocas horas. No dejaba de ser unas instalaciones precarias, pequeñas y con escaso material.

8 SALAS Carlos / SALAS Deva (2014): “El hundimiento de los 1.476 ahogados” | Crónica | El Mundo. Actualizado: 02/03/2014, www.elmundo.es › crónica › 2014/03/02

9 VIANA, Israel: “Los 1.500 muertos del Castillo Olite”, en ABC 07/03/2014. www.abc.es › historia › abci-hundimiento-castillo-olite-...

10 DIAZ, Pedro, Jefe Local de la Falange: “Memoria de la gesta gloriosa de la fuerza de carabineros de la residencia de Escombreras (Cartagena) con motivo del hundimiento del transporte de guerra *Castillo Olite* Cartagena 3 de Julio de 1939”.

11 AROCA RUBIO Juan: “Declaración Jurada”, Bacoco (Badajoz) 29 de marzo de 1943.

La asistencia médica residía en el próximo pueblo de Alumbres, de donde venían a pasar consulta. Existía una gran compenetración entre los vecinos, los carabineros y la Cruz Roja, siendo esta colaboración fructífera y entrañable.

Era una apacible mañana de primavera. El mar incidía tímidamente muy cercano a las casas del pueblo. Había playa y un pequeño muelle servía de amarre a los barcos de pesca y algunos de recreo.

Así describe un testigo los acontecimientos:

“Los vecinos están enfrascados en sus habituales tareas, no advierten que está irrumpiendo un buque rebosante de militares. Son gente joven, alegres saludables, y su destino es el puerto de Cartagena, es el día 7 de marzo de 1939. Los habitantes de Escombreras, ante la catástrofe y el bombardeo, están aturridos, intentan huir al interior del valle; corrió la voz de que bombardearían también el pueblo. Ante esta situación, el comandante del puesto, organiza el salvamento: reunió a los carabineros poniéndolos a la salida del pueblo y fue dirigiendo a los pescadores hacia sus barcos, que se hicieron a la mar a recoger a los naufragos. Fue rápidamente comprendido por todo el pueblo que se aprestó a colaborar. Llevaron a los heridos al dispensario de la Cruz Roja y el responsable prepara sus escasos recursos para atender a los heridos, algunos muy graves que van trayendo los pescadores”.



Fig. 3. Mástil testigo del hundimiento

12 DÍAZ, Pedro: *op. cit.*

13 MÉNDEZ, J.: *op. cit.*

Los carabineros llevaban más de 48 horas “sobre armas” al haberse también sublevado.

El resto de los naufragos fueron acomodados en las casas más próximas. Al carecer el pueblo de cualquier otro servicio sanitario ni tampoco de personal específico, solo el citado J. Aroca “era práctico en curas de urgencias” dice Soler Canto. “Estuvo allí haciendo lo que el sentido común y su práctica le dictaban frente a cada caso”. Siguió curando hasta la mañana del siguiente día 8, cuando se incorporó el médico del vecino pueblo de Alumbres con un practicante. Asimismo, participaron en los cuidados uno de los evacuados, que se identificó como médico, y el practicante de la batería próxima de *Aguilones*, después de ser avisado.

Su esposa Marcela Peñalver Soto mujer decidida, se dedicó a organizar el cuidado de los heridos recogiendo todas las donaciones (sobre todo sábanas para hacer vendas), así como los escasos alimentos que aportaban los vecinos del pueblo. También todos los habitantes de Escombreras, civiles y todos los carabineros colaboraron con entusiasmo en la evacuación, y transporte de los heridos; así como del suministro de ropa (la mayoría venían desnudos para poder moverse mejor en el agua) y de la ropa de cama que se utilizó para hacer vendaje¹². Marcela, resultó ser una eficaz colaboradora pues coordinó la labor relativa a la atención de todos los soldados, labor que podríamos decir de enfermería y de administración de los recursos. También como todas las vecinas del poblado, que aportaron alimentos, ropas y mantas, para resguardar los cuerpos desnudos de los naufragos.

No había terminado así el martirio de los 640 supervivientes. Apenas habían sido recogidos, heridos, desnudos, mojados y renqueantes, se presentaron los soldados de la brigada 206, para capturarlos. Cuando se dieron cuenta de que se trataba ya tan solo de un grupo de inválidos, los reunieron a todos y los internaron en unos almacenes que había cerca de la playa. También apresaron a los carabineros del puesto de Escombreras, por haber ayudado a los enemigos a su desembarco: sólo quedó libre momentáneamente el comandante del puesto por ser el entendido en curaciones y estar atendiendo a los heridos, algunos graves¹³.

Hecho el recuento, se apreció que de los casi 2.200 hombres que llevaba el buque (incluida la dotación marinera) se salvaron 636. De los cuales 342 resultaron heridos y 293 ilesos todos fueron hechos prisioneros, hasta el inminente final de la guerra. Murieron en esta tragedia 1.476, de los cuales solo pu-



Fig. 4 Diplomas de Juan y Marcela

dieron enterrarse 200, quedando el resto en el fondo del mar, apresados (por el súbito hundimiento) dentro del casco del “Castillo de Olite”. Este quedó asentado en el fondo marino a unos 20 metros de profundidad, únicamente sobresalía el mástil del buque, como baliza indicadora del obstáculo para la navegación y que un mes más tarde permitiría ostentar la bandera como un testigo permanente de la gran tragedia.

Siguiendo el relato de Soler Cantó:

«Fueron encerrados pues en los barracones y allí estuvieron desnudos, hambrientos y sedientos las primeras 48 horas, puesto que no les dieron suministro alguno (ni comida, ni agua, ni ropas), aunque los buenos corazones de las familias del poblado de Escombreras suplieron con aportes individuales, a espaldas de los centinelas brigadistas, aprovechando algunos portillos de sus muros. Alguien encontró en un rincón del almacén unas barricas de anchoas saladas (unos cien kilos) que fueron devoradas por todos para saciar el hambre aguda que les atenazaba. Finalmente, el día nueve por la noche ante lo insoportable de la situación, los prisioneros, a grandes voces, reclamamos suministros y sobre todo agua para la sed, puesto que la salazón de las anchoas encontradas se unió a que estas se encontraban descompuestas y arrumbadas como desecho y ya estaban provocando sus desastrosos efectos».

El resultado de este escándalo fue que como cuenta Ana M Aroca Peñalver (hija de J. Aroca y entonces una niña), que les dio unas naranjas y que los vecinos del pueblo, de una forma masiva, convencieron a los centinelas para que permitiesen darles los pocos alimentos que ellos tenían en sus casas (pan, queso, etc.) también agua e incluso café caliente que hicieron varias vecinas.

«Al día siguiente, los soldados de la brigada 206 trajeron unos camiones y en ellos los trasladaron a Fuente Álamo, localidad del Campo de Cartagena donde estaba instalado el Hospital Quirúrgico Militar, atendido por el cirujano Don Rafael Abengochea, que ya pudo atender todas las heridas. En esta hospitalaria población quedaron presos y atendidos hasta que terminó la guerra, un mes escaso más tarde y después de haber sobrevivido a la masacre que produjo el mayor número de naufragos de la Historia».

También al siguiente día 8 se procedió al enterramiento de los 12 cadáveres que no resistieron a sus heridas en el dispensario de la Cruz Roja, así como de todos aquellos que las olas arrastraban hasta la orilla. Uno de estos sepultados, capitán, fue desenterrado días después de acabar la guerra y entregado a un alto cargo militar que lo reclamó al ser hijo político suyo.

El informe acaba elogiando la labor de todos los vecinos de Escombreras así como a la dotación de carabineros, por su entrega en labor tan humanitaria. Por esto, el citado J. Aroca, fue más tarde recompensado, con la Medalla de Plata de la Cruz Roja Española y su esposa con la de Bronce¹⁴.

Cartagena acababa de sufrir una de las peores tragedias de su historia. Una tragedia de la que, sin embargo, fue difícil encontrar referencias en la prensa de la época y en la historiografía española de las décadas posteriores¹⁵. El historiador Pérez Adán cifra en 342 los heridos hospitalizados y en 293 los que fueron hechos prisioneros por las tropas republicanas. El 29 de marzo, los soldados que los custodiaban en Fuente Álamo abandonaron sus puestos, permitiéndoles salir. La guerra había terminado y los supervivientes del Olite se encontraron que, después del naufragio y, de casi un mes encarcelados, pasando hambre y frío, ahora eran las únicas autoridades en Cartagena. Y este grupo de soldados a las órdenes del comandante Fernando López, hambrientos, con ropas rotas, muchos de ellos heridos, y empuñando las armas que habían podido encontrar por el camino, fue el que desfilaron en Cartagena, en representación del ejército franquista vencedor¹⁶.

Como trágico final, El jefe de la batería, el Capitán D. Antonio Martínez Pallares, fue ejecutado en el cementerio de Espinardo (Murcia) el día 7 de marzo de 1941 (el aniversario del hundimiento del barco). El Capitán Cristóbal Guirao que conquistó la batería, logró exiliarse en Francia. Murió el 31 de Julio de 2007 en la localidad alicantina de San Juan. En el 2004, en una entrevista, relató cómo siendo él un militar de carrera, se limitó a cumplir una orden a rajatabla, que era la de impedir que entraran o salieran buques del puerto a toda costa. Mientras no se revocase esa orden, él tenía la intención de cumplirla costase lo que costase. Curiosamente, al final de sus días, pidió que sus cenizas fueran esparcidas en el lugar exacto donde se hundió el Castillo de Olite, el porqué de esta decisión se lo ha llevado el Capitán a la tumba.

CONSECUENCIAS Y REFLEXIÓN

Hoy, más de 80 años después de la tragedia, resulta muy difícil delimitar la responsabilidad de aquellos que tomaron las decisiones, que sea el lector el que saque sus propias conclusiones. Desde luego, Franco tiene su parte de culpa. Era el jefe de las fuerzas nacionales y además fue el que decidió poner en marcha la operación que terminó con el Olite

en el fondo del mar. En su descargo, hay que decir que dio la orden en respuesta a la agónica petición de Barrionuevo, una vez que este se levantó contra la República.

Por su parte, el general Barrionuevo tiene también su cupo de implicación, ya que desde el momento de su sublevación hasta el de su detención, estuvo transmitiendo a Franco que tenía el control de la ciudad, lo que dejó de ser cierto en cuanto Precioso se lanzó a recuperarla. Los hombres de Precioso estaban mucho mejor preparados para el combate que sus adversarios, que eran en su mayoría quintacolumnistas civiles y mal armados. Barrionuevo se comunicaba con Franco desde la radio de un submarino; sabía que el almirante Buiza le escuchaba y que, si la Flota regresaba, los barcos que Franco acababa de enviar en su ayuda estarían irremediablemente perdidos. Quiso engañar a Buiza, pero engañó a Franco.

Oficiosamente, y aunque de forma soterrada, la responsabilidad del desastre cayó sobre el vicealmirante Moreno, que en realidad tuvo mucha menos culpa de la que se quiso hacer ver. Le dieron una fuerza colosal, pero sin ninguna posibilidad de un desembarco anfibio en alguna playa, ¿la Manga, Calblanque...? solo atracando los barcos en los muelles de Cartagena. No obstante, la sincronización que se hizo de la salida de los barcos estuvo mal planeada y condenó al Olite a navegar en solitario y sin comunicaciones. De haber navegado junto a otro barco capaz de pasarle señales por banderas no hubiera sido hundido.

El alférez de navío Lazaga quiso entrar en Cartagena sin haber recibido órdenes concretas como le había advertido Moreno, lo cual le hace dueño de una parte de responsabilidad, aunque al despuntar el día, sin un solo barco a la vista ni radio por la que recibir las órdenes pertinentes, hizo lo que le dictó el sentido común, coaccionado además por los oficiales de la expedición. La mayoría de mas graduación que él, máxime cuando las banderas que veía ondear en la batería de *Aguilones* parecían invitarle a una decisión que a la postre resultó un grave error.

El responsable oficial fue Pallares, ya que dio la orden de fuego. Así parece sugerirlo el hecho de que fuera fusilado en 1941, el mismo día y a la misma hora en que se hundió el Olite. Ciertamente que Pallares tomó una decisión que costó cerca de 1.500 vidas, pero es cuestionable que pudiera haber tomado otra con el frío cañón de una pistola apoyado en su frente. Todo apunta que fue la cabeza de turco.

14 MOLLÁ AYUSO, Luis: Perdidos en la memoria. Cádiz: Ed. JM, 2010.

15 PÉREZ, Adán L.: *op. cit.*

16 MOLLÁ AYUSO, Luis: *op. cit.*

En realidad, el principal responsable del hundimiento del Olite fue Artemio Precioso, precisamente porque no dio ningún paso en falso, sino todo lo contrario. Consiguió escapar de Capitanía la noche en que Galán fue detenido y, tras deambular perdido toda la noche, se puso al frente de sus hombres y volvió sobre Cartagena para sofocar la rebelión de Barrionuevo, llegando a los puntos potenciales de desembarco antes que Moreno. Pero no olvidemos que la guerra no había terminado y hundir buques fue un acto de guerra.

LOS HOMENAJES

El primero de ellos se realizó a los pocos meses del hundimiento. El nuevo régimen, independientemente de los recelos de Franco hacia lo ocurrido con el 'Olite', tenía la obligación de ensalzar a estos «caídos por Dios y por España». Todo el aparato propagandístico del nuevo estado vencedor de la guerra estaba al servicio de los que ya se consideraban «mártires de la cruzada», y recurrentemente, en cualquier acto que se organizó en los años siguientes a la finalización de la guerra en Cartagena, siempre había alguna alusión a las gloriosas víctimas del 'Castillo Olite'.

El 26 de julio de 1939, 141 días después del hundimiento y cuando todavía emergen cadáveres del fondo del mar, muy cerca de donde se encuentran los



Fig. 5. Monumento ya desaparecido

restos del barco, en la costa, se levantó una enorme cruz de piedra en recuerdo de los muertos. Para costearla se tuvo que pedir la suscripción popular de la ciudadanía de Cartagena; fueron 1.500 pesetas las que cubrieron el gasto para dicho monumento.

Durante 17 años, este fue el punto de encuentro para recordar a estas víctimas, recuerdo que se fue difuminando con el paso del tiempo hasta ser prácticamente olvidado por aquellos que tenían más razones para preservarlo, pero no debe extrañar a nadie esto; En 1951, en plena vorágine de la venta de chatarra sumergida, en una ignominiosa decisión, el Estado, propietario del buque hundido, sin importarles su consideración como tumba de guerra, lo vendió a un empresario bilbaíno que lo dinamitó para convertirlo en chatarra. El valor de la chatarra era superior a los cientos de muertos que allí se encontraban sepultados en aquel que fue su sarcófago, sin el más mínimo respeto. Sus camaradas, vencedores en la guerra, los condenaron al olvido. Fue terrible, explicaba el jefe de los buzos contratados. Con cada explosión salían centenares de cadáveres y huesos que se enterraban de noche en algún lugar de Cartagena...

Sin embargo, una segunda oportunidad surgió en abril de 1957, coincidiendo con la construcción del complejo petroquímico de Escombreras y de la estación térmica; se decidió erigir un nuevo monumento en honor a las víctimas del 'Castillo Olite'.

Para sustituir a la anterior se alzó una nueva cruz, esta vez metálica, de unos 10 metros de altura, sobre la ladera de la montaña justo enfrente de donde estaba hundido el 'Olite'. Esta enorme estructura metálica, tres veces mayor que la anterior cruz, tenía en su base un altar y un grupo escultórico formado por una «matrona que recoge en su regazo al que termina de dar su vida por la patria». También se conservaron en el nuevo monumento las placas de bronce conmemorativas que existían en la primera cruz. Para inaugurar el nuevo monumento qué mejor que el propio Francisco Franco. Para hacerlo, el Jefe del Estado en su segunda visita a la ciudad, el 7 de abril de 1956, después de proceder a la inauguración de la nueva refinería, y de pasada, inauguraba el nuevo monumento, pero sin ningún acto especial, visita rápida y protocolaria.

Allí quedó el monumento sin realizarse ningún acto más, hasta que el 7 de marzo de 1965, coincidiendo con el XXV aniversario se reunieron junto a la cruz los supervivientes del 'Olite', que en un emotivo encuentro rindieron homenaje a sus desafortunados compañeros.

Se puede decir que, después de esta fecha ya nunca más se organizó en Cartagena ningún homenaje o acto significativo en torno a este hecho. El olvido y el desconocimiento de lo que allí pasó se impu-

so inalterablemente a lo largo de los años, e incluso para muchos de los habitantes de la zona, también se olvidó aquella cruz, que cada vez se encontraba más inaccesible. La zona se convirtió en un gran centro petroquímico al cual era casi imposible acceder, por esto perdió incluso su significado original.

Y llegamos al 23 de enero del 2001. El espacio donde se encuentra el monumento es utilizado como cantera en las obras de ampliación de la dársena de Escombreras, justo donde se emplazaba la cruz se extraen los áridos necesarios para la ejecución de la banqueta de asiento para los bloques que conforman el espigón, así como para la fabricación del relleno de los citados bloques. Paradójicamente, esa misma tierra sirvió para sepultar definitivamente los restos del barco sobre el fondo marino.

La cruz fue desmontada, los trozos fueron depositados en los muelles de la Autoridad Portuaria en Escombreras y posteriormente desaparecieron. La escultura, una vez restaurada en el año 2009, se reubicó en el Monte Calvario junto a la ermita, con una cruz y una placa que alude a un hundimiento, pero sin hacer referencia alguna al ‘Castillo Olite’.

Triste final para la mayor tragedia naval de todos los tiempos en nuestras costas y para un monumento, el cual una vez más, no nos dignifica ni como país ni como albaceas de nuestra propia historia. Los

muerdos no tienen ideología y su respeto debía ser el nuestro.

«Para quien haya visitado en Pearl Harbor y Scapa Flow los pecios del *Arizona* y *Royal Oak*, hundidos ambos en la Segunda Guerra Mundial, y asistido con emoción a los homenajes que a diario se hacen a los cientos de marineros ahogados y que todavía permanecen dentro de los cascos de los buques, el lamentable final del Olite constituye una afrenta a nuestra historia que produce repugnancia. Una vez extraídos los mamparos, el buque quedó sometido a la acción de la corriente, aunque solo quedaba la quilla descansando sobre el fango con algunos restos dispersos de la impedimenta de los soldados. En 2005, con motivo de las obras de ampliación de la refinería de Repsol en Escombreras, se arrojaron sobre estos últimos restos, cientos de miles de toneladas de cemento, roca e infamia. Ese fue el final definitivo del buque y de la memoria de los casi 1.500 soldados, jóvenes en su mayoría, que marchaban jubilosos a Cartagena para celebrar el final de una guerra que les permitiría, al fin, llevar una vida digna como corresponde a cualquier ser humano».

Este artículo está destinado a su triste final, a sus restos quebrados por la dinamita y a su historia injustamente silenciada. Que descansen en paz, los que puedan.